

2000

Sylvia Iparraguirre. *La tierra del fuego*. Buenos Aires: Editorial Alfaguara, 1999.

María Claudia André

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

André, María Claudia (Otoño-Primavera 2000) "Sylvia Iparraguirre. *La tierra del fuego*. Buenos Aires: Editorial Alfaguara, 1999.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 52, Article 60.
Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss52/60>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Sylvia Iparraguirre. *La tierra del fuego*. Buenos Aires: Editorial Alfaguara, 1999.

Basada en hechos concretos, aunque ciertamente increíbles, la más reciente obra de Sylvia Iparraguirre amerita una seria reevaluación de lo que, hasta ahora, hemos interpretado como novela histórica o historia novelada. Dicha opinión resulta válida por cuanto esta apasionante novela se extralimita más allá del dato histórico y los márgenes de lo netamente ficcional para ubicarse en una literatura que se inscribe en el ámbito de lo testimonial. En *La tierra del fuego*, Iparraguirre reinstaura la voz de los nativos fueguinos a través de inolvidables personajes, los cuales, gracias a las ilimitadas posibilidades que otorga la literatura, recuperan un espacio y una oportunidad para inscribirse en las páginas de nuestro pasado histórico. Desde un sitio que legítimamente les pertenece, las voces de los yámanas nos relatan las dramáticas experiencias de una tribu al borde del exterminio, a merced de aquellos que en nombre de la civilización arrasaron despiadadamente con lo que, según su criterio, consideraban barbarie.

Según atestigua John William Guevara, el narrador, los sucesos históricos que nos resultan pertinentes se originan en la ciudad de Lobos, provincia de Buenos Aires en 1865. En el primero de los siete pliegos o capítulos en los cuales se divide la novela, Guevara expone que el siguiente relato surge a petición de un tal mister MacDowell o MacDowness. En calidad de agente diplomático, este miembro de la Armada Real le demanda redactar un testimonio directo de los hechos que condujeron a la matanza de un grupo de misioneros ingleses por parte de la tribu yámana. El intento formal de contestar dicho requerimiento pone en marcha el engranaje narrativo que nos remonta a los recuerdos de infancia y juventud del propio Guevara. A través del fluido monólogo interior que se proyecta en calidad de relato epistolar, el narrador va desarrollando aquellas experiencias de vida que lo conducen a reemplazar el suelo materno por la incalculable posibilidad de aventuras que ofrece el altamar. Con la sabiduría y necesidad de reflexión que acompañan el paso de los años, Guevara recuerda cómo, movido por la implacable necesidad de comprender su herencia británica, se une en 1830 a una expedición a cargo del capitán Fitz Roy destinada a reconocer las

costas de la Patagonia. Es justamente en dicha expedición que el capitán inglés toma como rehenes a cuatro jóvenes y una niña de la tribu yámana en represalia por haber perdido uno de sus botes a manos de los indígenas. En este punto del relato, los eventos descritos por Guevara comienzan a resultarnos vagamente familiares. Además del periplo y las vivencias en suelo británico de los indígenas rebautizados con los nombres de Jimmy Button, Fuegia Vázquez, Boat Memory y York Mister, el narrador entra en detalles sobre los pormenores de su creciente amistad con Jimmy Button y las reacciones de los visitantes ante los complejos códigos sociales de la cultura europea. Tras dos años de instrucción y de refinamiento londinense, los indígenas son devueltos a su tierra natal en el mismo barco en el que viajaba el joven Charles Darwin. Los dinámicos diálogos que mantienen el científico inglés y el capitán Fitz Roy nos proyectan, a nivel cognoscitivo, la perspectiva antropológica y etnográfica del pensamiento europeo a mediados del siglo XIX.

Una vez en tierra y abandonados a la buena de dios en un destacamento que supuestamente serviría de refugio o base para sucesivos viajeros y exploradores, los tres yámanas sobrevivientes de la experiencia europea, deben interiorizar al resto de las tribus fueguinas sobre el lenguaje y las costumbres aprendidas en la Gran Bretaña. La misión no sólo fracasa por los constantes ataques y robos de varios grupos indígenas, sino que además la tribu de los yámanas es injustamente culpada por la masacre de un grupo de misioneros ingleses llegados a las islas con un firme proyecto evangelizador. Tal como recuerda Guevara, Jimmy Button fue enjuiciado en las Islas Malvinas frente a un tribunal compuesto exclusivamente por súbditos de la corona británica. El narrador, que por casualidad se encuentra entre los tantos curiosos que presencian el juicio, coincide con el acusado en que la masacre de los misioneros por parte de los indígenas es, entre varios factores, el resultado de un odio contenido durante décadas debido a los constantes desafucros de comerciantes y cazadores europeos contra la fauna, la flora y las tribus fueguinas. Entre los indescriptibles desmanes, Guevara hace referencia a las crueles e indiscriminadas matanzas de animales por los foqueros y balleneros, las violaciones a mujeres y niñas indígenas, los inhumanos experimentos científicos realizados en jóvenes inocentes, y el robo de niños por parte de los misioneros para evangelizarlos y alienarlos de sus tradiciones ancestrales. Anegado en la intensidad de sus recuerdos, el narrador no sólo recupera la imagen y cultura de su amigo yámana, sino que con ello nos devuelve en esta epístola las voces y los hechos de un pasado digno de reflexión y consideración.

En la configuración que proyecta el presente histórico de *La tierra del fuego* se fusionan reconocidos temas que, como el eco de una nación en conjunto, aún permanecen constantes en nuestro subconsciente colectivo y por su validez no han perdido en absoluto su vigencia. El apasionante relato

de Iparraguirre nos alcanza una versión de la Historia sobre la gestación de una cultura en base al exterminio de otra. En los albores del 'noble' proyecto sarmientino de civilizar a la barbarie a través del exterminio, entendemos, gracias a la excelente reconstrucción de los hechos, los mecanismos subrepticios de la colonización de las islas fueguinas así como el transfondo económico-político detrás de las exploraciones y viajes de la armada británica a la Patagonia.

Respaldándose en el proceso introspectivo y recordatorio que se ajusta tanto a la memoria como al relato epistolar, la autora evade la objetividad que demanda el historicismo para presentarnos una reflexión crítica sobre la representación de la historia a través de la vía literaria. En cuanto a los eventos reconstruidos en *La tierra del fuego*, el pasado histórico habla elocuentemente comprobándonos que las consecuencias sufridas por los segmentos indígenas fueron la altísima cuota cobrada por el irremisible avance de la corriente civilizadora. En su traducción e interpretación de la cultura indígena, Guevara asimila a la vez que reconoce su filiación a lo autóctono, a la tierra y al paisaje de los yámanas. Finalizados sus viajes alrededor del mundo y ya consumado su periplo introspectivo, el narrador se identifica a sí mismo con la barbarie, confesando a su lector que "Pese a haber pasado las dos terceras partes de mi vida en el mar, soy un hombre letrado; pero entre Londres y la barbarie, para bien o para mal, elegí la barbarie. Civilización y salvajismo suelen ir juntos" (38). A través del relato epistolar, el narrador redime a la raza y al grupo de Button de las supuestas acusaciones efectuadas por la Corona británica, pero a la vez se redime a sí mismo ante los yámanas, ya exterminados por los abusos del hombre blanco y por el inexpugnable avance de la civilización. El ridículo intento civilizador de educar a los salvajes llevándolos a Londres para enseñarles la lengua y cultura de Dickens, fracasa ante la ignorancia de los ingleses sobre las prácticas de subsistencia y las costumbres de las tribus fueguinas.

La tierra del fuego rompe el modelo narrativo clásico de la novela histórica, en la cual la acción es motivada por la crisis interna de un héroe protagonista, para reemplazarlo por una profunda re-evaluación de los acontecimientos históricos según la percepción de un narrador participante, quien no llega a desempeñar un papel protagónico. Por ello, el lenguaje textual es directo, conciso y profundo, propio de hombres como Guevara y Button, hombres de pocas palabras, hombres de tierra inhóspita cuya cosmovisión se refleja en una sintaxis simple y directa. En esta galería de personajes únicos que nos presenta Iparraguirre, logramos encontrar las raíces mismas de un pasado que nos fue usurpado y reconstruido sobre las bases de un proyecto tan ajeno como foráneo. El notable fenómeno de la avidez con que se ha dado por reescribir la historia en la Argentina a través de la vía literaria no es una casualidad sino una causalidad, cuyo origen radica en los muchos años de censura y de falta de cuestionamiento sobre la

veracidad del discurso social dentro del género historiográfico. Obras como ésta legitiman su validez en cuanto nos ayudan a vislumbrar la inagotable riqueza de nuestra raigambre cultural, y nos proyectan la deslumbrante fuente de autoconocimiento que proporciona la resurrección del pasado histórico según la versión de los vencidos.

María Claudia André
Hope College